**El dolor ajeno**

**(Última edición)**

© Copyright

Sept/15/2009

Introducción

 Muchos son los que conocen la triste historia de lo sucedido en Cuba en el año 1959. ¿Quiénes son los que pueden hablar con propiedad de la realidad vivida en Cuba? Por supuesto que los que han vivido desde esa fecha y por más de 30 años, pueden testificar de lo vivido, la realidad que muchos pueblos no entienden, porque no se convencen de las atrocidades que se han cometido y que se ha extendido, no por 30 años, sino por más de 50.

 Desafortunadamente, algunos cubanos que vivieron entre esos años, otros que nacieron bajo el sistema comunista y abandonaron Cuba en los recientes años, no son capaces de exponer con propiedad todo el concepto del dramático episodio. Además, vale mencionar que ciertos individuos identificados con Castro, que comieron con Castro, que viajaron con Castro que sirvieron a Castro… hoy están fuera de Cuba, disfrutando en países capitalistas, principalmente en USA, y hasta se presentan en público a través de la TV como personas respetables. ¿Cómo le suena a usted eso? Al parecer, las palabras de los cubanos del exilio original, y de los que tuvieron que cumplir años de privación de libertad allá en Cuba por oponerse al sistema o por simplemente no estar de acuerdo con este, rehusando pertenecer a los jóvenes comunistas, o al partido, o a los CDR… resultan obsoletas hoy.

 El dolor ajeno es una vivencia de la realidad, vivida por personas de la vida real, aunque los nombres son ficticios. Un relato de algunas cosas que deberían conocer aquellos que no las saben, y recordarlas los que las han olvidado… porque no les conviene.

*CAPÍTULO 7*

 *En La Habana, Carlos se fue a parar a casa de su tía, la hermana de su papá. Allí estuvo escondido por varias semanas. Después, volvió a su casa con sus padres. Fue hasta divertido el tiempo que pasó en esa condición en su casa. No lo podían llamar por su nombre por eso lo llamaban Adolfito un nombre que le puso una tía allá en el campo.*

 *Estando en su casa en condición de fugitivo una mañana inesperadamente recibió un telegrama del Comité Militar. Esta citación no fue muy bien recibida. Sabían lo que podía significar. Carlos debería presentarse al siguiente día por la noche. «¿Bueno y ahora qué piensa hacer? No me digan que se va a pasar toda la vida viviendo en las sombras. Un joven lleno de vida no va a perder el tiempo de esa manera, ¿no?» Esa fue su tía, la hermana de su papá. Una que lo quiere como si fuera su propio hijo. «Es verdad», comentó entonces el padre, «tú vas a tener que presentarte, y que sea lo que sea. Yo no sé… tú haces lo que quieras».*

 *Carlos no decía nada, seguía escribiendo una poesía. Le había dado por escribir el tiempo perdido que pasó de fugitivo.*

 *Finalmente, la decisión de Carlos fue presentarse. Se había comunicado con su compañero de clases, quien había estado escondido también. Ambos coincidieron en que era lo mejor. Un día después de Carlos comunicarse secretamente con él, también recibió una cita igual. De manera que harían lo mismo los dos. Aunque no fueron citados para la misma fecha. A Carlos le tocó ir primero.*

 *La noche de la cita, antes de salir de casa, su madre se despidió de él llorando y su padre lo llevó en su automóvil viejo, el mismo donde Carlos había aprendido a manejar. Llegaron al lugar, y su papá lo dejó allí; ambos llevaban los ojos humedecidos. Carlos se despidió y dijo adiós hasta que el carro se perdió de vista.*

 *Tuvo que esperar como dos horas hasta que le llegara su turno en la fila. Había una larga mesa colocada en el largo portal de lo que había sido una casa de familia anteriormente (probablemente alguien que se había ido del país), y detrás de la mesa mirando hacia afuera estaban dispuestos los entrevistadores con una silla al frente de cada uno para los que esperaban en línea afuera.*

 *A Carlos le tocó con una mujer de la raza negra, muy educada, de aspecto agradable. Hizo preguntas retóricas, no muchas. Escribió algo detrás del papel de manera que no se pudiera ver, y dijo: «Puede retirarse».*

 *Esto sorprendió tanto a Carlos, que no sabía qué decir. No podía creer aquello, eso era lo último que habría esperado. ¡Se podía ir a la casa! Eso significaba que ya no había razón para seguir escondido. Así es que con el corazón agitado y el alma jubilosa, corrió hasta la parada de la guagua y cuando llegó a la casa, al verlo, lloraron de alegría. Nunca se supo el porqué de tan inesperado resultado. Carlos discurría que la vida estaba llena de sorpresas, malas y buenas.*

 *Al día siguiente llamó por teléfono a su enamorada y a las amigas de ella. Fue entonces cuando le contó todo lo que había sucedido desde el mismo principio. Para sorpresa de Carlos, ella le dijo: «Yo lo sabía». ¿Que tú sabías qué?, preguntó Carlos. «Sí», afirmó ella—, mi hermano supo que tú no te presentarías, porque él tampoco lo haría, como fue en realidad.*

Esto fue lo que sucedió:

 Uno de los compañeros de la escuela hablando una vez con Carlos le dijo que si a él lo llamaban del SMO no se iba a presentar y Carlos le contestó que eso mismo pensaba hacer él. La razón por la que muchos jóvenes en ese tiempo pensaron igual fue debido a las atrocidades cometidas contra los jóvenes que habían sido llamados para el SMO y se habían negado. Al no someterse al sistema comunista y valerosamente declarar que no serían militares comunistas por sus convicciones o principios religiosos, eran llevados a este lugar. Recuerdo que fue algo que tuvo mucha repercusión. Hasta se le comparó a los campos de concentración nazi. Estos campos de tortura se llamaron UMAP (Unidad Militar de Ayuda a la Producción). El caso de Manolito fue muy triste. Cuando la familia, por fin pudo verlo se quedaron horrorizados con lo que les contó. Por no querer trabajar para los militares a cambio del servicio militar lo desnudaron y junto a otros como él lo pusieron afuera de noche a la intemperie. Eso era en la provincia de Camagüey. En las noches las temperaturas eran muy bajas aunque no fuera invierno. Para torturarlos les tiraban cubos de agua fría y luego los dejaban parados ahí toda la noche. Como al día siguiente continuaban con la misma postura de no aceptar sus condiciones, los golpearon brutalmente con bayonetazos. Y esto era solo un caso aislado.

 Por lo tanto eso influyó en la mente de ellos y tomaron esa decisión. El hermano de Cristina era amigo de ese compañero de escuela de Carlos por eso pudo saberlo. Pero, el caso del hermano de Cristina fue diferente.

 «Mi hermano está preso hace seis meses», le dijo Cristina a Carlos. «Y José también. Yo vi cuando se le llevaron. El corazón se me encogió. Sí, No le dieron tiempo ni de ir a su casa». Carlos le preguntó asombrado por qué se habían llevado a su hermano. Ella le explicó que la razón fue porque era un intelectual que ya había sido expulsado del preuniversitario cuando se emitió el comunicado de expulsar a los *elementos* contrarrevolucionarios (objetores de conciencia y homosexuales), de estos planteles. Su hermano fue calificado como objetor de conciencia. No había transcurrido mucho tiempo cuando, con un grupo de amigos, trató de huir en una balsa hacia los Estados Unidos, pero uno de los del grupo resultó ser un infiltrado (chivato), y los delató; había dado parte a los de *La Seguridad del Estado*, conocido como el *G2*. Todos fueron a parar a cárcel.

 Cristina hizo una pausa para decir que su mamá estaba destrozada pues su hijo fue a parar a la UMAP. «¡El pobre muchacho, que tiene una niña pequeña!», exclamó.

 Para este tiempo Carlos había comenzado a sentir algo especial por Cristina. Poco tiempo después de esta conversación decidió declararle su amor. Aprovechó una tarde preciosa, de esas tardes que lo llenan a uno de poesía y romance. Se fueron a caminar por las calles donde abundaban frondosos árboles. Las aceras estaban cubiertas de hojas convirtiendo las calles en un inmenso parque para los dos enamorados. No llevaban prisa. Se detenían alguna que otra vez, se miraban diciéndose palabras que solo en esas circunstancias suelen decirse. Él fue feliz, esa tarde, ella le correspondió con un sí.

 En ese tiempo Carlos no tenía trabajo así es que después de mucho esfuerzo se consiguió uno que consistía en solo unas pocas horas al día, sin embargo, estaba dispuesto a pedir su mano. Así lo hizo. Una noche, cuando fue a visitarla, habló con su padre y le dijo de sus buenas intenciones para con la muchacha, y logró la mano de ella. En esa época se usaba que el padre ponía los días que el novio podía ir a ver a la novia, pero a Carlos le asignaron todos los días de la semana. Algunos de los cuales lo pasaban juntos en la terraza de la casa conversando, diciendo tonterías, riendo y besándose de vez en cuando a escondidas. Otras veces se iban de paseo solos, o acompañados de las amigas de ella.

 Como a Carlos le había dado por las poesías le escribió algunas a Cristina. Todas preciosas, pero esta me gustó particularmente. Dice así:

Como León encerrado

Cómo muero de tristeza.

Como la fuerza del fuego

O como un mar agitado.

Siento dentro de mi pecho

Una fuerza grande, grande

Que no me deja dejarte.

Como quisiera tenerte

Teniéndote entre mis brazos

Como quisiera adornarte

Con flores, hojas, la espuma

De la playa en una tarde.

Como quisiera quererte

Colmándote de los besos

Dulces, suaves y profundos

Que saben ofrecer mis labios.

 Ella era una muchacha culta que sabía responder como poeta, aunque no fuera su especialidad. Por eso le hizo una poesía de un estilo diferente:

Soy de tierna edad para mis sentimientos, ¿cómo puedo decirle lo que pienso? No, me avergüenzo.

Una tarde, cuando el viento fuerte me traiga sus recuerdos pensaré en él sin parar un momento, pensaré sin decir que le quiero como el trueno que retumba tanto... que el cielo... bueno, el cielo lo envía a nosotros de regreso.

Soy de tierna edad para esas tormentas, como la flor que se dobla cuando la ha abatido el viento.

Soy de tierna edad, sí, para sus pensamientos pero puedo resistir cualquier invasión procedente de sus sentimientos. Quiero que sea la fuerza, del mar o la del fuego.

Soy de tierna edad pero quiero ahogarme en su mar, quemarme con su fuego, quiero verlo caminar cerca de mi espejo porque soy de tierna edad, pero mi amor es capaz, sentir estos sentimientos.

\*

 Él seguía yendo a verla todos los días. Aunque esto representaba una larga caminata ya que era imposible esperar por una guagua. Muchas veces se pasaban el día completo juntos. Ella llegó a quererlo tanto que no podía dejar de oír su voz un solo día. Él, por su parte, había llegado a desarrollar un amor tan profundo y hermoso que parecía uno de esos romances de los cuentos de las Mil y Una Noches. Sabía que lo que sentía por ella era ese amor que siente un hombre por la mujer que lo es todo para él y ella, por su parte, estaba dispuesta a sacrificarlo todo por él.

 Una mañana salieron los dos muy contentos a las tiendas. Aunque no podían comprar nada hasta que les correspondiera el día para ello (con otra libreta que el gobierno había implementado para comprar artículos del hogar y personales). No obstante, lo que Carlos le quería regalar sí estaba disponible todavía a esas alturas. Ella creía que solo irían a mirar vidrieras como hacían a menudo. Solamente en esa zona de La Habana existían aún algunos comercios con mercancías y algunos establecimientos de comida rápida donde se conseguía una o dos cosas, o un pan con croqueta o con pasta de bocaditos. Entraron a varios lugares. Era común ver algunos extranjeros en los alrededores, razón por la que todavía existían esos establecimientos en la zona.

 Carlos se detuvo frente a una joyería, pequeña.

 —¿Vamos a entrar aquí? —preguntó Cristina extrañada.

 —Sí, te voy a comprar el anillo de compromiso.

 Cristina se emocionó tanto que le apretó la mano a Carlos muchísimo mientras reía.

 —¿Los puedo ayudar? —Les preguntó la dependienta vestida de negro.

 —Sí, quisiera ver unos anillos de compromiso de mujer de esos que están ahí —Contestó Carlos señalando con el dedo.

 Cristina se mantenía muy cerca a Carlos, tanto que no lo dejaba casi moverse. La señora sacó uno de los tres que tenía, Carlos lo tomó en la mano. Ambos se miraron, Cristina hizo un gesto leve con la cabeza y Carlos le devolvió el anillo a la dependiente. Esta sacó otro modelo, tampoco les gustó. El último fue el que les agradó. Era sencillo, con diamantes de imitación pequeños formando una exquisita superficie muy delicada. Carlos sabía el gusto de Cristina. Ella lo miró con una sonrisa amplia. Carlos colocó el anillo en el delicado dedo. Se veía regio, más hermoso en la mano de Cristina.

 El precio fue un poco más alto de lo que Carlos había calculado, pero no puso el menor reparo. De todas formas no estamos hablando de un anillo de oro, era sencillamente de plata, y las piedras no eran diamantes, sino artificiales. Ni la dependienta sabía el nombre de las piedras. La empleada puso el anillo en una pequeña cajita azul de fieltro, se despidieron y salieron muy felices los dos. Carlos la llevaba con el brazo alrededor de las caderas. Al llegar a un portal que había sido una tienda de ropa años atrás, se detuvieron y Carlos abrió el pequeño estuche azul y le puso el anillo a Cristina quien con una sonrisa radiante lo obsequió con un beso tipo colegiala.

 El tiempo estaba cambiando. Cuando salieron a la calle, el aire se había hecho más notable, el cielo estaba gris, típico de esos tiempos. Cristina iba abrazada de Carlos mientras caminaban. Entraron a otra tienda. El tiempo se les iba apresuradamente. Decidieron almorzar en una cafetería con acomodación afuera, al aire libre, y se detuvieron a hacer una cola que era de aproximadamente de una hora.

 —¿Cuándo tú crees que nos podremos casar? —preguntó Cristina con entusiasmo tomándole la mano a Carlos.

 —Todo depende de lo que podamos ahorrar. Yo voy a seguir insistiendo en conseguir mejor trabajo. De todas maneras aunque el que estoy realizando no paga mucho, no es un obstáculo.

 Cristina lo miró lentamente.

 —¿Me quieres Carlos?

 —Eso no me lo tienes que preguntar mi amor. ¡Claro que te quiero! Sin ti ya no sabría vivir.

 —Yo sí que no podría vivir sin ti jamás Carlos. Tú eres justo el hombre de mis sueños, en serio, no es para congraciarme. He tenido muchos enamorados, pero con ellos no he tenido ni el menor de los roces. Solo con ver a la persona y oír su voz ya sé si me agrada. He conocido algunos hombres con buenas intenciones pero han sido... no sé, vulgares. No hay otra cosa que deteste más que eso.

 —Y ¿qué es lo que te gusta de mí? —preguntó Carlos ahora acariciando su mano.

 —Todo, sencillamente todo —Respondió ella.

En ese momento comenzó a lloviznar. Como estaban al aire libre tuvieron que levantarse. Se apresuraron hasta un portal donde otras personas se guarecían. Pero el tiempo se puso peor de lo que imaginaron. Entonces corrieron hacia donde estaba la parada del autobús. Desdichadamente, era a la intemperie. Pero a ellos les gustaba mojarse con la lluvia. Muy alegres, pero empapados de pies a cabeza subieron a la guagua. Por supuesto no había asientos vacíos, y además, iba desbordada. Así, mojados y fríos se apretujaron entre las gentes.

 Al llegar al edificio de la casa de Cristina se encontraron con una tragedia muy lamentable. La vecina de Cristina estaba llorando. La madre de Cristina le animaba a tomarse una taza de tilo. Sucedió que un ladrón asesino había entrado a casa de una cuñada de ella para robarle, y lo más lamentable fue que después del robo, la asesinó con un hacha. Esto sucedió en pleno día. El hecho había estremecido a todo el vecindario. Desgraciadamente esto estaba sucediendo a menudo en La Habana en pleno día. Pero ninguna de esas noticias era publicada. Ese es el sistema de hermetismo que ha prevalecido Cuba.

 Después de consolar a la vecina, Cristina y Carlos entraron al apartamento para continuar hablando del matrimonio. Para ellos eso era lo más importante.

 —Mi vida, cuando nos casemos ¿a dónde vamos a vivir? —Preguntó ella, sabiendo lo difícil que era la vivienda en aquellos años.

 —Tú sabes que no tenemos otra alternativa que venir yo para acá para tu casa. Mi casa es pequeña… ya Aurorita se casó y vive allí. En mi casa es imposible. Si tus padres están de acuerdo, por supuesto. Si no, pues no sé qué vamos a hacer.

 Como el trabajo que Carlos tenía no le derivaba buenos dividendos trató de conseguir algo diferente. Por eso fue al departamento laboral una noche. Se fue para allá como a las nueve, porque como eran o estaban las cosas en Cuba había que dormir literalmente allí para al día siguiente poder alcanzar un turno para ver a los empleadores puestos por el sistema de Castro. Esa noche, en la oficina, había un hombre no muy joven de aspecto sincero, trabajando. En cuanto Carlos lo vio pensó que tal vez podría conversar con él para tratar de hacer amistad y de esa manera asegurarse que le consiguiera algún buen empleo. Pero no era fácil trabar ese tipo de amistad. De todas maneras Carlos pasó varias veces cerca del individuo como para hacerse familiar. El hombre levantó la cabeza una vez y Carlos le dirigió un saludo moviendo la cabeza.

 Cuando faltaban pocas horas para que amaneciera, para sorpresa de Carlos allí había llegado David, su amigo del barrio. Carlos tenía un sueño terrible, ya que se había pasado la noche en vela pues él no es como otros que se echaban allí mismo en el suelo y se quedaban dormidos. Carlos tal vez lo habría hecho de no haber sido tan escrupuloso.

 Cuando al fin se hizo el día, comenzaron a llegar los empleados y después de un rato comenzaron a dar los turnos. Llamaban por el número y decían el nombre del empleador con quien tendrían que hablar.

 Carlos salió primero que David sin conseguir ningún trabajo. David sí tuvo que esperar mucho más tiempo, y finalmente se fue sin poder conseguir empleo tampoco.

 Ambos, David y Carlos siguieron insistiendo, yendo casi todas las semanas. Carlos no volvió a ver al señor de aquella noche. Lamentablemente los trabajos que le ofrecían, o no le gustaban a Carlos, o él no los podía realizar. En cambio, David tenía que aceptar cualquier ofrecimiento debido a su poca preparación seglar. Pero este no estaba consciente de ello y rechazaba las ofertas.

 Cierta tarde Carlos había salido y cogió la guagua, que sorprendentemente iba vacía. Esta vez iba sentado en la parte de la ventana; iba entretenido. De pronto, sin percatarse de inmediato, se da cuenta que la persona que está en la acera tratando de tomar la misma guagua, era el mismo individuo que él había visto aquella noche en la oficina de empleos con el cual había querido hablar sin atreverse.

 «¡Qué casualidad!» —Dijo Carlos para sí—. Y pensó que esa sería una buena oportunidad para abordarlo y hablarle de su situación; pero era un poco tímido y no se atrevería hacerlo precisamente en la guagua, que iba llena ahora donde otros estarían escuchando la conversación. Sin embargo, cuando llegó su parada, mientras se hacía camino por el apretujado pasillo hacia la puerta de salida, el individuo también se acercaba a la puerta. «Parece que se va a bajar en la misma parada», pensó. Y no se equivocó. Ambos se bajaron. Esta sí era la oportunidad de Carlos.

 Se llenó de valor y, sin pensarlo dos veces… —¡Hola señor! cómo está —dijo Carlos, tratando de ser amigable al introducirse.

 —Sí, hola —respondió el individuo con un poco de recelo, sorprendido por el saludo de alguien a quien él no conocía.

 —Yo soy Carlos, eh… El otro día cuando fui a las oficinas de empleo lo vi. ¿Usted trabaja allí verdad?

 ─Sí, así es. Tenía trabajo a trazado y me había cogido la noche.

 ─Ah, pues yo estuve toda la noche hasta la mañana.

 —¿Estás buscando trabajo?

 —Sí, es la verdad; es que quiero casarme y el trabajo que estoy haciendo lo pagan muy mal. Yo me considero preparado para hacer algo más importante, ¿comprende?

 —¿Qué haces ahora?

 —Ahora lo que estoy de pintor… pintando edificios.

 —¿Tú crees que puedas hacer trabajo de oficina, digamos trabajar con números y papeles? Hay una empresa nueva que va a necesitar cientos de empleados calificados.

 —Yo creo que sí, yo terminé mis estudios en el preuniversitario y...

 —Ve a verme mañana a primera hora, creo que tengo algo para ti.

 —¡De veras! ¡Ah! muchas gracias.

 —No hay de qué. Pero trata de estar allí antes de que comiencen a dar los turnos, ¿comprendes?

 —Sí, sí, me doy cuenta, allí estaré. Muchas gracias.

\*

 Carlos se dirigía a casa de Cristina. Ahora su paso se aceleró involuntariamente y el corazón le latía más apresuradamente. El que consiguiera mejor trabajo haría que la boda se realizara en un tiempo más próximo, si es que el salario realmente resultaba mejor.

 Ese día habían planeado ir al cine a ver una de esas películas que entraban de contrabando, una película norteamericana que estaban proyectando hacía días. Había invitado a la madre de Cristina para que fuera con ellos. Iban temprano debido a que probablemente tendrían que hacer una larga fila de espera. Cristina estaba vestida, sentada en el sofá esperando por Carlos. Estaba deslumbrante. Llevaba un vestido blanco, al parecer, de una suave seda. La caída de la tela dejaba ver una delicada y bien formada figura femenina. Su rostro maquillado casi a la perfección le hizo pensar a Carlos en una preciosa princesa egipcia del tiempo de los faraones.

 —Pero que preciosa estás hoy —le dijo acercándose y dándole un beso— pareces una princesa.

 —¿Hoy nada más?, yo creía que siempre estaba preciosa —le contestó ella con sarcasmo.

 —Tienes razón mi amor, es que estoy un poco nervioso.

 —Y, ¿se puede saber a qué se debe?

 —Claro, resulta que me acabo de encontrar con uno de los que trabajan en la oficina del trabajo y aproveché la oportunidad y le hablé de mi situación, mi trabajo y la boda. Me hizo unas cuantas preguntas y dice que cree que tiene algo para mí. Que fuera a verlo mañana temprano.

 —¡Ay qué bueno mi amor! —exclamó Cristina emocionada dándole un abrazo.

 —¡Óigame y usted no se me queda atrás! está muy elegante —le dijo Carlos a la madre que salía en ese momento de su cuarto; llevaba un precioso vestido malva de flores color pastel y una sonrisa un tanto forzada. En esa época todavía en La Habana se podía conseguir algunas veces, telas para hacerse ropa. Cristina y su mama eran modistas y eso era tremenda ventaja en esos críticos tiempos.

 —Gracias, lo único que mi belleza ya no es la de los veinte.

 —Pero está muy bien de todos modos, usted todavía luce muy bien —dijo Carlos congraciándose.

 —¿Estamos listos? Entonces, nos vamos.

 Cristina cogió su cartera que estaba sobre el sofá, se echó un vistazo en el espejo donde se veía de cuerpo completo y salieron los tres.

 —No te dijo ¿qué clase de oficina? o sea haciendo ¿qué clase de trabajo de oficina?

 —Me imagino que todo el trabajo de oficina es igual.

 —Cómo va a ser igual Carlos. Puede ser una oficina que controle el trabajo de construcción, o puede ser una oficina de abogados, o de una, no sé... fábrica o cualquier otra cosa.

 —Sí, tienes razón. No le pregunté nada de eso porque fue todo muy rápido y ya íbamos a coger diferentes caminos. Sí… me dijo que es una empresa nueva, eso sí lo recuerdo.

 —Mañana saldremos de la duda.

 Al salir del cine se fueron a la calle 23 en el Vedado a la heladería más famosa de La Habana en aquellos días, Coppelia. Allí se comían los mejores helados. Pero, no se trataba de llegar, sentarse y pedir. No, las cosas no eran así de fácil, mucho menos tratándose de comida. Primero tendrían que hacer una cola de espera de, como promedio, cuatro horas o más. ¡Imagínese!

 El diseño es una construcción redonda de dos pisos. El techo es como si fuera un enorme platillo de cuyo centro, y por encima de este, salen diferentes columnas de hormigón que se extienden unos cuentos metros fuera del disco, fragmentándose hacia el suelo. Es una construcción muy moderna y bonita, diseñada por el arquitecto Mario Girona. En buena compañía se toma como una diversión. Eso hacían Carlos y su novia, así como la gran mayoría de los jóvenes que se daban cita en este lugar. La madre de Cristina, por supuesto, se cansaba y tenía que ir a sentarse al borde de uno de los muros del jardín de rato en rato.

 Después de la agonizante espera se sentaron a la mesa a comer los helados. Solo podían pedir una combinación. Un «Tres gracias», o una «Ensalada» (cinco bolas de diferentes sabores) o un batido, o simplemente una bola de helado. Aunque habían muchos tipos de combinaciones. Pero solo estaba permitido pedir una. Eso era así en todos los restaurantes para el pueblo. ¿Y de tomar? Agua, por supuesto. La «ensalada», era la mejor opción porque podía pedir cinco bolas de diferentes sabores. Uno de los preferidos de Cristina era el helado de nueces.

 Era tarde, pues pasaba las doce de la noche; sin embargo, tenían que hacerse la idea de que era más temprano para poder disfrutar un poco del agradable lugar ya que este es uno de los lugares más bonito de La Habana. La mamá de Cristina se sacrificaba, pero no protestaba, aunque, obviamente estaba cansada. Los hoteles y edificios se conservan aún en buenas condiciones y se ve mucha gente de otros países vestidos con lo último en la moda. De vez en cuando pasa un carro de último modelo, lo que causaba sensación a los transeúntes. Por supuesto carros de extranjeros o funcionarios de algún consulado.

 La calle 23 en el Vedado, donde está Radio Centro (cambiado a Cine Yara), es agradable. Se ha convertido en un lugar turístico. Hay muchos restaurantes, cines y clubes. Todos de calidad superior a los que se ven en otros barrios. La juventud se hacía cita aquí invariablemente. Se pudiera decir que era el único lugar donde encontrar alguna distracción y, sin mirar para los letreros de la sucia propaganda socialista, hacerse la idea de estar en otro país, aunque fuera solo por unas horas. La sección más popular era la sección que se conoce como «La rampa», porque literalmente lo es: una avenida recta que iba en bajada y terminaba en la costa donde está el famoso malecón de La Habana.

 Después de caminar un poco por la calle 23, Carlos decidió regresar. Ahora tenían que enfrentarse a otro dilema, el de coger la guagua. Cuando lograbas cogerla, después de horas de espera, se podía decir con toda propiedad que había ganado una verdadera batalla.

 Al llegar a la solitaria calle donde vive Cristina Carlos sintió una terrible sensación de tristeza. Parecía que habían llegado a la calle de una ciudad europea destruida por la segunda guerra mundial, por sus fachadas carcomidas por el paso del tiempo, sin pintura, ni belleza exterior. Todo a oscuras porque la gente se acostaba temprano debido a los apagones.

 —No voy a subir porque es demasiado tarde —dijo Carlos a Cristina dándole un beso de despedida. Esta, con la mirada melancólica, lo besó y le tomó la mano apretándosela, como si le dijera cuánto le amaba.

 —¡Hasta mañana María! —dijo Carlos a la mamá y echó a andar.

 Cuando llegó a la esquina, el último punto desde donde podía verlas antes de desaparecer, miró hacia atrás y dijo adiós con la mano. La calle por donde tenía que caminar Carlos estaba envuelta por una total oscuridad. La lámpara del alumbrado público estaba apagada y la claridad que provenía de la única que estaba encendida era muy pobre y estaba muy retirada de allí. Carlos caminaba deprisa, probablemente no esperaría el ómnibus debido a la hora tan avanzada de la noche. Decidió irse a pie. De pronto, un perro le sale al encuentro desde un costado de la acera por donde iba caminando. Carlos dio un grito y no fue el perro la causa de este, sino un golpe fuerte en la cabeza que lo hizo tambalear. Trató de mantener el equilibrio mientras buscaba de dónde agarrarse… logró ver entre brumas dos individuos, pero perdió el conocimiento y cayó al suelo, donde lo despojaron de todo.

 Cuando abrió los ojos, ya era la mañana siguiente; despertó en la cama de un hospital completamente confundido y desorientado. Un policía y una enfermera estaban a su lado. Al verlo despertar le comenzaron a hacer algunas preguntas.

 —¿Qué es esto, qué me ha pasado, dónde estoy? —Decía Carlos mientras se llevaba la mano a la cabeza—. ¡Ay mi madre!

 —Está en el hospital compañero. Unos vecinos nos llamaron muy temprano esta mañana porque lo vieron tirado en la acera sin ropa y sangrando por la cabeza. Su carné de identidad estaba a su lado junto a estas llaves. ¿Nos puede decir qué recuerda de lo ocurrido? —El policía que interrogaba a Carlos era un hombre joven como de treinta años, alto delgado, de mirada agresiva.

 —Sí, yo… yo venía caminando, iba hacia la parada de guagua, y... un perro me salió de momento. Yo me asusté y acto seguido recibí un golpe fuerte en la cabeza.

 —¿Pudo ver a quien le pegó? —Preguntó el oficial, mientras tomaba notas.

 —Bueno, sí, pero no pude distinguir muy bien, pero sí vi que eran dos hombres... no recuerdo nada más.

 —¿Dónde vives compañero? —preguntó el oficial.

 —Vivo en centro Habana, pero venía de casa de mi novia, que vive a solo unas cuadras de donde ocurrió el incidente —dijo Carlos haciendo una mueca de dolor—. ¿Podrían avisarle a ella, por favor?

 —Sí, deme el teléfono de ella —demandó la enfermera atentamente y enseguida tomó el teléfono y marcó el número.

 —Compañera, le hablan del hospital Nacional. Tenemos aquí a un paciente, no, no, no es nada grave compañera, escuche. Se trata de Carlos Andrade. ¿Lo conoce? —preguntó la enfermera a Cristina que está al otro lado de la línea. «Sí, por supuesto, él es mi novio, ¿qué pasó señorita?», preguntó Cristina angustiada.

 —Fue golpeado anoche o muy temprano en la madrugada. Está en la habitación 385 en el hospital Nacional. Sí, puede venir ahora mismo si desea

Al decir esto la enfermera cortó la comunicación. Rápidamente Cristina se lo comunicó a su mamá y ambas se arreglaron para salir inmediatamente hacia el Hospital.

 —¡Carlos, mi amor! —dijo tiernamente Cristina cuando llegó al lado de su amado.

 Carlos cerró los ojos y dejó salir una lágrima que Cristina enjugó con sus labios.

 —No te preocupes, hablé con el médico y dice que todo está bien, que no hubo fractura del cráneo, ¡gracias a Dios! Mi amor, y ¿cómo fue?

 Cristina estaba ansiosa y preocupada pero trataba de fingir serenidad. Estos asaltos sucedían a menudo en la Cuba de Castro. Todo para robar a la persona cualquier cosa que llevara. Si la persona no llevaba joyas o ningún dinero, le robaban la ropa y los zapatos. A Carlos le llevaron la ropa, los zapatos además de su cartera con todo su dinero. Estos asaltos podían ocurrir hasta en horas del día, no tenía que ser necesariamente de noche. Y el pueblo no estaba enterado de estos porque las noticias que se dan en la radio y la televisión jamás incluyen estos actos de violencia. Los asaltos y robos eran tan populares que hay hasta un cuento, un chiste cubano que dice que un hombre fue al cine. Cuando terminó la película fueron a felicitarlo porque era el único que se había quedado en el cine viendo una película rusa. Pero, lo que había sucedido era que al hombre le faltaba una pierna, se había quedado dormido y le habían robado las muletas.

 Al siguiente día Carlos fue dado de alta del hospital. Tenía un poco de dolor de cabeza. En unos días debía volver para quitarle los puntos y curarle la herida. Los morados en los brazos y las piernas eran ligeros. Estuvo en su casa de reposo. Llamaba todos los días a Cristina y esta lo llamaba también cuando no iba a verlo.

\*\*\*

 —Cristina, tengo que llamar a ese señor del trabajo. Pensará que soy un cuentista o un descarado.

 —No, ¿por qué? Llámalo y explícale lo que te pasó.

 —Sí, es verdad eso voy a hacer.

 Carlos llamó a Guzmán y le contó lo que le había sucedido. Este le dijo que había hecho bien en llamarlo pues debería ir a una entrevista al día siguiente.

 Al cabo de dos semanas ya Carlos estaba trabajando en el nuevo trabajo que le ayudara a conseguir Guzmán. Lo del asalto había quedado atrás. Ahora todo era diferente para él. En las mañanas vestía ropa de calle para irse a la oficina, lo que representó para él un problema debido a la escasez de ropa tan grande que existía. Menos mal que su madre era también modista y le hacía camisas con algunos retazos de tela que conseguía a sobreprecio. El trabajo que le consiguieron le gustaba, pero había un gran inconveniente: ahora trabajaría casi todos los días hasta las ocho o nueve de la noche y no le pagaban extra. Eso en Cuba no existía desde que cayó bajo los talones de los comunistas. Además era obligatorio trabajar los sábados, de gratis.

 Ese horario hasta tan tarde no agradaba nada a Cristina ya que desde entonces no se podían ver como antes, y, además, Carlos se comportaba irritado todo el tiempo. Había ciertas cosas que le molestaban mucho a Carlos. Casi todo el personal de las oficinas de administración y jefatura eran militares, por ende, comunistas y esto estaba haciendo que se sintiera incómodo, especialmente cuando le mencionaron el día que se tendría que quedar de guardia. Se trataba de una empresa de construcciones de puentes y carreteras de la isla de Cuba a nivel nacional. Se llamaba DAP (Desarrollo Agropecuario del País). Una empresa dirigida totalmente por militares.

 El trabajo comprometió a Carlos con viajes a diferentes provincias donde se realizaban las obras que él atendía en la oficina como «controlador». Era emocionante el trabajo pues al final de la jornada, todos los informes numéricos, que eran unas largas hojas de análisis, tenían que cuadrar unas con otras. Había pocas mujeres, pero todos eran jóvenes entre 18 y 25 años. Carlos no estaba obligado a continuar allí, pero lo peor era que le gustaba. Desde la oficina disfrutaba de una preciosa vista de una represa recientemente inaugurada, rodeada de palmeras reales y una carretera nueva llamada «Ocho vías». Encima de todo, lo más interesante fue que una mañana su jefe, le comunicó que vendría a trabajar con él una muchacha que le ayudaría con el trabajo cuando él tuviera que ausentarse de la oficina para visitar las obras.

 Carlos no sabía cómo decirle estas cosas a Cristina. Ellos no se veían ya todos los días como antes aunque seguían hablando por teléfono a todas horas.

\*

 —Carlos, esta es Mayra Zulueta. Ella será tu asistente en la oficina. Entrénala con todo lo que tú haces porque ella será la que llevará el registro y el informe cuando tú te ausentes.

 Mayra era una mujer vistosa. Tenía un llamativo cuerpo criollo de buenas piernas, caderas y un buen trasero. De piel morena, color canela, su pelo castaño oscuro y sus ojos verdes. En realidad Carlos la vio como un monumento. Era simpática y sensual. De hecho, bastante provocativa. Tenía mucha experiencia como oficinista especialmente a nivel nacional, pero en otro género de trabajo.

 El primer día de trabajo de Mayra con Carlos se desarrolló más o menos normal. Pocas palabras fuera de lo que tenía que ver con el entrenamiento con la excepción de que Mayra siempre se las arreglaba para pegarse un poquito más de la cuenta o para decirle a Carlos cualquier cosa en doble sentido a lo que Carlos, por supuesto, sabía responder en forma apropiada. Al parecer iban a llevarse muy bien.

 Para Carlos ahora se estaba haciendo difícil el ayudar a Luisita, la vecina de su niñez, quien ahora dependía de él para muchas cosas, pues estaba más vieja, y el tomar ómnibus era difícil para las personas mayores en ese tiempo. El hermano estuvo enviándole su automóvil con el chofer hasta que enfermó. Luego, después de una breve mejoría murió. Al poco tiempo la esposa de este enfermó también… perdió la razón, probablemente con demencia. De manera que Carlos sentía mucha compasión por Luisita. Esta se sorprendió mucho al saber lo que le había ocurrido cuando el asalto. Ella también estaba enferma y casi no podía comer nada. El médico le había puesto una dieta muy estricta y dado a las condiciones de extrema escasez en Cuba lo que podía consumir sencillamente no lo había.

\*

 Una noche en que Carlos había terminado temprano (cosa rara), fue a visitar a Cristina, pero esta no le quería abrir la puerta por encontrarse a solas en la casa. Carlos insistió tanto que ella accedió y lo dejó pasar. Al entrar la besó intensamente. Se deseaban. Carlos comenzó a levantarle la blusa y al final, saciaron sus deseos.

 Era una tarde nublada, pero serena y tranquila. Carlos había ido a la Moderna Poesía. Cuando se bajó de la guagua tomó la calle Monserrate para de allí caminar hasta la librería. No estaba muy retirada. Después de algún tiempo de estar mirando y hojeando algunos libros, por fin se decidió por el libro «Cien años de soledad» de García Márquez, que había salido hacía poco. Con el libro en una bolsa de papel, salió de la librería. Tomó el mismo rumbo de regreso para ir a tomar el ómnibus, y cuando se acercaba a la parada, se tropezó con Mayra. Pero esta no se percató de él. Carlos quedó en silencio, y unos segundos después decidió saludarla.

 —¡Carlos, no te había reconocido!

 —Sí, ya me había dado cuenta. ¿Cómo estás?

 —De lo mejor, y tú, ¿qué haces por estos rumbos? porque tú no vives en esta área, ¿no es cierto?

 —No. Pero vine a traer unos libros que intercambio ahí en la Moderna Poesía.

 —Ah sí, tienes razón está allí al doblar.

 —¿Algún libro interesante?

 —No sé, voy a leer este, ¿lo has leído? —preguntó Carlos sonriente.

 —¡Oh! sí, sí, muy difícil de entender. Cuando lo termines hablamos ─respondió Mayra quien mintió. Ella no era de mucho leer.

 —Nos vemos mañana, ahí viene mi guagua.

 —Hasta mañana.

 A varios días de este encuentro, volvía Carlos de regreso de casa de su novia. Era tarde pues se habían puesto a ver una película en la televisión. Después de caminar unas cuantas cuadras a través de las oscuras calles del lugar, había llegado a una avenida amplia e iluminada. Esperaba la guagua para irse a su casa pensando en los planes que tenían para la boda.

 Ahora se acercaba una mujer. A la distancia no la distinguía. Pero... Carlos no podía creerlo, a medida que la figura femenina se acercaba su identidad fue más obvia. Allí se acercaba, se trataba de la misma mujer… de Mayra. La suave brisa que corría de vez en cuando le trajo su perfume, un perfume ya conocido, dulce y delicado. El cuerpo de Carlos comenzó a temblar literalmente. No sabía qué hacer. Quiso hablar, decir algo, pero la boca le temblaba. «Por favor, serénate», —se dijo—. Y como la guagua demoraba, tuvo tiempo de serenarse, pero no de controlarse. Pudo más ahora la pasión y el deseo, Carlos no podía escuchar la voz de su conciencia. Dio un paso y se acercó haciéndose visible a ella, a la luz del farol.

 —¡Carlos! ¿Qué haces por aquí? ¡Al que menos pensé encontrarme en esta zona!

 —Eso pregunto yo, ¿qué haces tú por aquí? Que yo sepa tú vives en la Habana Vieja, ¿no es cierto? —preguntó Carlos.

 —Sí, tienes razón estaba en casa de unos amigos.

 —Y esta no es tu zona tampoco, ¿verdad? —Preguntó ella.

 ─No, yo también estaba haciendo una visita.

 —Oye, nos estamos encontrando muy a menudo, ¿eh?

 —Sí, es verdad. ¿Querrá decir algo eso?

 —Creo que sí, que el mundo es chico a veces.

 —Yo creía que quería decir otra cosa… Ahí viene mi guagua.

 —¡Qué casualidad esa misma voy a coger yo! ─exclamó Carlos muy entusiasmado.

DÍAS DESPUÉS...

 ¡Macabra casualidad! Los hilos del destino se entretejían para atrapar a Carlos, quien —a pesar de todo— sentía miedo y dolor por traicionar a Cristina mentalmente. Por eso, después de algunos momentos de meditación, mientras se tomaba una cerveza a solas, dijo audiblemente: No quiero, ni debo fallarle a Cristina… mi amada Cristina, pero se tomó tres cervezas.

 ¿Por qué se debatía a solas Carlos ahora? Motivos tenía porque Mayra estaba decidida a conquistarlo. Ya Carlos se había percatado. Ella ahora aprovechaba toda oportunidad para presentarle tentaciones.

 —¿Sabes? Una de mis tías va a dar una fiesta el sábado, me invitaron y puedo llevar un acompañante.

 Carlos se la quedó mirando, pero en realidad no la veía, solo pensaba si debería aprovechar ahora la oportunidad y decirle que él estaba comprometido y que dentro de unos meses se casaría.

 —¡Carlos! ¿Te has quedado sordo? ¡Oye!

 —Ah, no, perdona es que estaba pensando, ¿qué decías de la tía tuya?

 —Oye, ¿qué es lo que te pasa? Ven, te voy a decir algo.

 Lo tomó de la mano llevándoselo hacia una de las oficinas que estaba completamente en penumbras, pero...

 —Espera Mayra! —Carlos se detuvo. Ella se lo quedó mirando sorprendida—. Tengo que decirte algo primero. Yo...

 —¡Ah!, Carlos, después me lo dices, ¡ven!

 —No, Mayra, yo estoy comprometido para casarme.

 La voz le salió apagada pero firme. Mayra lo miró y sus ojos se transformaron haciendo un entrecejo.

 —Bueno, ya me parecía difícil que un hombre tan guapo no tuviera dueña. Por lo visto me sigue la mala suerte.

 —Mayra, no digas eso, tú eres una mujer muy atractiva y bonita y estoy seguro que vas a encontrar lo que mereces. Pero, yo, aunque me atraigas y todo, no me siento tranquilo al pensar en mi prometida.

 —No, si has hecho muy bien, te felicito por esa demostración de lealtad y firmeza. Si yo hubiera sabido eso antes te juro que no habría estado sacándote fiesta, discúlpame ─Dijo ella de dientes hacia afuera.

 —No, Mayra, discúlpame tú a mí por no habértelo hecho saber desde el principio.

 —Bueno, ¡mira!, ¿por qué no van los dos a la fiesta? Yo los invito. Sí, en serio. Así me la presentas y nos hacemos amigas. ¿Qué te parece? ─Mayra nunca perdía. Ya estaba preparando la cama.

 —Creo que estaría bueno, pero no sé si ella querrá ir.

 —Claro que querrá, a nosotras nos gusta que nos lleven a alguna fiesta de vez en cuando.

 —Bueno, está bien, se lo diré. Veremos qué sale. Gracias Mayra.

 Las dos últimas palabras las pronunció Carlos con cierto pesar mirando fijamente a los ojos de ella. En el fondo él deseaba vehementemente ir solo para estar con Mayra. Sin embargo, al mismo tiempo sentía cierta paz interior después de decirle la verdad.

 Todo esto había ocurrido el día martes en la oficina. El viernes en la tarde cuando Carlos recogía su escritorio para marcharse el timbre del teléfono lo hizo devolverse cuando ya estaba al cerrar la puerta.

 —¡Oigo! Sí mi amor en este momento estaba saliendo, ¿por qué? Sí, voy para allá enseguida, pero, ¿seguro que no te sucede nada? Está bien, estaré allá en unos minutos.

 Al llegar, Cristina lo recibió como siempre con una sonrisa y un beso. Al pasar adelante se encontró con María quien lo saludó mientras continuaba haciendo el equipaje. Esa misma tarde partían hacia el interior, las dos, ella y Cristina. Su abuela estaba enferma de muerte. Por lo tanto María quería estar al lado de su madre en sus últimos momentos. Parece que era inminente porque recibieron una llamada telefónica avisándoles del suceso.

 —¡Mi amor, cómo voy a extrañarte! —decía Cristina echándose sobre su pecho y quedándose ahí hasta que Carlos la consolara y la besara.

 —¿Y yo? Te estaré extrañando cada minuto. Me escribirás, ¿verdad?

 —Claro, te escribiré cada día. ¿Me contestarás?

 —Por supuesto mi amor.

 —¿Cuánto tiempo crees que se tendrán que quedar por allá?

 —Oí a mamá hablar con una de sus hermanas y creen que serán tres o cuatro días porque mi abuela ya no habla, solo tiene los ojos abiertos sin expresión y el médico les dijo que si ellos deseaban podían dejarla en la casa pues en el hospital no podían hacer nada.

 —Bueno, creo que es mejor que la dejen en la casa, porque uno nunca sabe si ella escucha lo que hay a su alrededor.

 —¿Tú crees Carlos que ella pueda escuchar?

 —¡Oh! sí, no un cien por ciento de seguridad pero, según yo he leído y escuchado de otras experiencias, con ese tipo de enfermedad muchas veces la persona escucha aunque no pueda expresarse. Es muy triste.

 —Sí, pobrecita.

 —¿Quién los va a llevar al aeropuerto?

 —El señor de la esquina, Armando, él tiene máquina. Papá le va a pagar pues tú sabes que tiene que comprar gasolina a sobre precio, pues la ración que le corresponde solamente le da para viajecitos cerca y Rancho Bolleros no es tan cerca.

 —¿A qué hora se van?

 —Dentro de una hora, creo ¿no mama?

 —Sí, hija, ¡ya deberías de estar lista!

 —¡Ya yo estoy lista!

\*\*\*

 —¡Buenos días, Carlos!, ¿Cómo estás?

 Mayra parecía que se proponía convencer a Carlos para ir a la fiesta, lo que ella no sabía era que Carlos estaría solo.

 —Aquí andamos, ¿y tú?

 —Podría estar mejor, pero no me quejo. Ya le dije a mi tía que los llevaría a la fiesta. ¡Me muero de los deseos por conocer a tu prometida!

 —Parece que no la vas a poder conocer, al menos en la fiesta.

 —¿Por qué? ¿Qué paso? ¿No van a ir?

 —Es que tuvo que partir para el interior por causas ajenas a su voluntad. Su abuelita se está muriendo.

 —Ah, qué pena, lo siento.

 —Bueno, eso quiere decir que tú tampoco iras, ¿no es cierto?

 El perfume femenino de Mayra le llegó a Carlos y lo envolvió como un manto invisible.

 —Me parece que no sería justo de mi parte que mientras mi prometida derrama lágrimas de dolor, yo esté pasándola de lo lindo en una fiesta.

 —De cierta manera es cierto, pero por otro lado… Carlos, no se trata de tu abuela, tal vez ni siquiera la conoces...

 Mayra se presentaba irresistible, su delicada piel, su maquillaje perfecto, su pelo largo sedoso... su perfume atrayente… su mirada…

—No, es cierto.

—¿Ves? Pero tú tienes que hacer lo que tu corazón te indique. Por supuesto que yo estaría encantada de que tú fueras, así... ─Ella dio en el clavo «lo que tu corazón te indique».

 —Ya está bien Mayra, no me digas más, lo voy a pensar. Dame tu teléfono. ¿A qué hora habías dicho?

 —No sé, como a las seis de la tarde, me parece.

 —Muy bien. ¡Oye! ¿Has visto que ya es la hora de irnos?

 —¡Ay!, es verdad.

 —Bueno, ¡mañana será otro día!

 —Este no ha terminado todavía Carlos.

 —Es verdad. Tienes razón. Pero... para mí sí, eh. Bueno, hasta pronto —dijo Carlos tajantemente.

 —Hasta pronto Carlos, que descanses.

—Tú también.

 Carlos salió, sin pensarlo dos veces, sin mirar atrás. Él sabía lo que representaría el solo voltear la cabeza.

\*\*\*

 «Querido amado mío:

 Hoy es la primera noche en que no te he escuchado ni visto en todo el tiempo de nuestras relaciones, ¡cómo te extraño! Mi abuela está aún viva, el médico dice que puede durar lo mismo dos días como dos meses. Parece que en las últimas horas se ha notado cierta mejoría aparente. Es increíble. De todas maneras toda la familia está aquí, esperando. Estoy en mi cuarto, es temprano pero quería escribirte cuando nadie estuviera a mi alrededor y mamá está en la sala conversando con otros de la familia. ¿Cómo estás amor? No tienes que estar triste, yo estoy bien y además, no me siento tan abatida como se suponía que me sintiera, creo yo. Parece que como yo no he estado muy apegada a ella, no lo siento como otros que sí se han criado a su lado. No sé si me comprendes. Bueno, mi vida. Cuídate, piensa en mí como yo en ti.

Te quiere,

 Cristina».

 Carlos leyó la carta dos veces. En ella había un ingrediente que curiosamente él necesitaba. Si Cristina, siendo la nieta, no sentía tanto el estado de su abuela, entonces él no tenía por qué preocuparse demasiado… uh.

LA FIESTA

 —¡Carlos, que sorpresa! ¿Cómo supiste la dirección?

 —¡Ah! yo soy un hombre de sorpresas.

 —¡Ya veo! Y eso me encanta.

 Diciendo estas palabras Mayra se acercó a Carlos extendiéndole ambas manos en gesto femeninamente delicado, las cuales Carlos tomó con suave movimiento llevándoselas a su boca y depositando sobre ellas un prolongado beso. Carlos aspiró el perfume de sus manos.

 El lugar que habían elegido para la fiesta era la azotea de la vieja casa de la tía de Mayra. Estilo colonial. Aunque se notaba la gran necesidad de reparación y pintura, todavía se percibía el esplendor de lo que fue una mansión exquisita. Había una amplia vivienda allá arriba rodeada por la gran terraza con una especie de pequeña glorieta de seis columnas a las cuales se habían adherido unas preciosas plantas conocidas como flor de papel, cada una de un color diferente. Todas se encontraban arriba en el espacio abierto de la glorieta haciendo un precioso bouquet de distintos colores. En las diferentes esquinas de la azotea había tiestos de barro con geranios color rosa y bermellón en posiciones artísticamente seleccionadas. Esto le daba al sitio un agradable toque que alegraba el alma e invitaba a cualquiera a escribir una poesía. Ya el sol se ponía.

 Carlos y Mayra se acercaron allí al más romántico de los rincones de la terraza. La música instrumental de una radio dentro del salón se escuchaba como fondo agradable bajo el cielo matizado de estelas de colores.

 —No te voy a preguntar lo que es obvio, solo lo pasaré por alto porque esta noche quiero saborear la emoción intensa que me invade y sé que tú sabes porqué Carlos. Hay veces en la vida que las cosas no son como deberían ser. Eso me choca bastante. En casi todos los casos de los hombres que he conocido, algo similar ha ocurrido y me pregunto por qué, sin encontrar la respuesta. Hoy, estoy aquí, sola con un corazón anhelante y un alma deseosa por descansar mi cabeza sobre el pecho del hombre que me llene todo aspecto de mi vida.

 —Yo creo que yo sé la respuesta Mayra: porque los seres humanos somos muy impacientes, nos parece tan corta la vida que creemos que si esperamos por lo que no vemos de inmediato, nunca lo vamos a alcanzar. Entonces nos engañamos a nosotros mismos aceptando como lo mejor para nosotros lo que en realidad es solamente una falacia.

 —Oye, no sé por qué lo dices, pero tienes razón, yo creo que es así. Yo me casé y creía que había hallado el amor de mi vida. Y muy pronto comprendí cuán equivocada estuve.

 —Pero no hay regla sin excepción. Muchas personas sí han hallado su ideal hasta a primera vista y no se arrepienten de su elección en lo que al amor se refiere.

 —Sí, puede ser, pero son muy pocos los casos.

 —¡Hola! ¡Están muy acaramelados ustedes aquí eh! ¡Tengan!

 La muchacha amiga de Mayra le acababa de ofrecer sendos platos de lo que servían a los invitados. Contenía unas pequeñas croquetas de jamón, ensalada de coditos con papas, unos bocaditos de pasta y un trozo de cake de vainilla con merengue, el típico menú de las fiestecitas de los pobres cubanos racionados. La OFICODA (Oficina de Control de Alimentos), extendía por escrito la autorización para adquirirlos; solamente a las personas que cumplían años. Existían bodegas de abastecimientos para este tipo de mercancías en cada región. Cuando arribaba el cumpleaños de alguien, con esa autorización, se obtenía, pagando, por supuesto. Pero, si además, eras «amigo» del que atendía el almacén, tenías algunos extras que, por supuesto, costaban el doble.

 —Si luego desean más, pueden pedirlo porque hay de sobra –dijo la joven muchacha con voz cristalina y una agradable sonrisa, de ojos alegres.

 La música ahora se escuchaba afuera, música bailable, y la terraza se llenó de parejas que entraban cogidos de las manos marcando los pasos al compás de un Cha, Cha Cha. Pero Carlos y Mayra continuaban allá, en el rincón romántico conversando.

 —¡No me digan que no van a bailar! ¡Eh!

 —¡Vamos Carlos anímate!

 —No, gracias, no, en serio ─contestó Carlos─. Mayra, si tú quieres ve a bailar.

 —No, si yo estoy aquí de lo más bien, no necesito bailar.

 Se levantaron del banco donde estaban sentados y se pusieron a caminar alrededor de la terraza que permitía divisar las luces de la vieja ciudad pobremente iluminada. Era un milagro que la luz no se hubiera ido ya, como era costumbre. Dieron una vuelta y Carlos comenzó a sentirse incómodo. Era temprano, pero por la mente de Carlos pasó un pensamiento fugaz y sintió la necesidad de estar a solas. Por eso...

 —Mayra, en realidad ha sido excelente el rato que he pasado en tu compañía, pero necesito ir a casa. Cristina...

 —Sí, ya entiendo, no tienes que darme explicaciones. Yo me siento muy halagada por haber tenido tu compañía, por haber aceptado mi invitación a pesar de todo. Gracias Carlos, de corazón. Estaré pensando en este momento durante toda la noche. ¿Puedo darte un abrazo? ¿Así? gracias rico.

 Mayra terminó de decir estas palabras sin quitarle la mirada a Carlos quien casi no pudo resistirla y disimuladamente bajó la cabeza al tiempo que sonreía para decir: «Hasta el lunes Mayra».

 —Chao.

 Mayra no se movió mientras Carlos se alejaba, pero le siguió con la vista, hasta que se perdió entre los invitados.

 Carlos llegó a su casa con un sabor amargo en el alma. Se sentía culpable, hubiera deseado en ese momento no tener pasado o, en su defecto, poder presionar el botón del destino para cambiar el curso del que parecía estar equivocado. Pero, la realidad no dejaba margen para este tipo de salida. Había que reaccionar con los pies sobre la tierra, y hacer lo que resultara o pareciera ser lo mejor para él, y después saber afrontar las consecuencias.

 ¿Qué hará Carlos? ¿Tendrá el valor de pensar y actuar de acuerdo al dictado de su conciencia o, sencillamente se dejará arrastrar sin poner resistencia, débil e indefenso a las astucias del corazón?

 «Querida Cristina, amada mía, gracias por tu tierna misiva. Espero que esta ausencia no se prolongue por mucho tiempo y que podamos volver a compartir pronto nuestras vidas. Yo estoy bien, no te preocupes. Estaré esperándote.

Saludos a tu familia,

Carlos.»

 Después de escribir la insípida y muy breve carta a Cristina, Carlos se debatía con sus pensamientos y no podía conciliar el sueño, por lo que se levantó y salió a la calle. Sentía la necesidad de estar cansado y dejar de pensar, pensar y pensar. Echó a andar sin dirección determinada. Cuando había caminado unas cuantas cuadras pasaba una guagua y Carlos la abordó. Solo tres o cuatro pasajeros lo acompañaban dado lo avanzado de la noche. Tomó el ómnibus sin fijarse en el número. Luego, a medida que seguía la trayectoria comprendió que se dirigía hacia centro Habana, y sintió cierta efímera alegría. Llegó hasta el final de la ruta que estaba a solo unas cuadras de la Manzana de Gómez, un edificio muy antiguo que gozó de popularidad en La Habana antes del gobierno Castro-comunista. Era un centro comercial donde se podían encontrar diferentes tiendas desde peleterías hasta sastrería a la medida. Este gran edificio que consistía en oficinas y escuelas en los diferentes pisos (Creo que eran cinco pisos), tenía acceso desde los cuatro ángulos. Es decir, desde cualquiera de las calles se podía entrar, y todas las entradas convergían en el centro donde había un monumento de Gómez Mena, que fue el dueño del inmenso comercio que se llevaba una manzana completa.

 Caminó un poco por los amplios, pero desiertos y oscuros pasillos y comenzó a sentirse mal al contemplar a un borracho que dormía echado en el piso. ¡Qué contraste! Aquellas tiendas, que años atrás resplandecían iluminadas toda la noche y repletas de mercancías, ahora, desalojadas y sucias, despidiendo un desagradable olor a vómito y orina seca, evocaban un presente inexplicable, como las imágenes de una pesadilla. Carlos salió de allí y tomó otra guagua con dirección al Vedado.

 Al descender de la guagua, sin esperar que se detuviera del todo, Carlos se encontraba en otro mundo. El corazón le palpitó por un momento, Cristina apareció en su mente. Estaba en el lugar que más le gustaba a ella. Carlos no dejó que lo dominaran los pensamientos. Por eso, caminó aprisa como si haciéndolo pudiera poner distancia entre él y aquellos pensamientos que lo perseguían en aquel momento.

 Llegó a donde quería: al malecón. Allí recibiría la fuerte brisa del mar que a esa hora batía. Caminó a lo largo del muro en cierta dirección. Al paso se tropezaba con alguna que otra pareja. Algunas estaban haciendo el amor aprovechando un ángulo de oscuridad que no era difícil encontrar en esos tiempos. Otras se abrazaban y besaban mientras se calentaban y la brisa del mar salada y húmeda los envolvía. Entonces, sin saber cómo… Mayra vino a su pensamiento y se detuvo mirando hacia el horizonte. Se sentó en el muro frío y solitario, testigo de quién sabe cuántos romances amorosos, desenlaces y hasta suicidios. Allí, saboreando aquella soledad quedó callado por unos largos minutos.

 —¡Hola! ¡Oye rico! creo que estamos iguales los dos… sin compañía. ¿Puedo sentarme a tu lado papito? —le dijo la mujerzuela de aspecto abandonado y perfume exagerado.

 —A decir verdad… no. Perdona, y sigue tu camino.

 —¡Ay! está bien, vete *pal’carajo*... comemierda, que te vaya bien… si mejores que tú *loj’encuentro yo a pat’á* ¡Ah!

 La mujer, de apariencia insolente, se alejaba con sus zapatos de talón descubierto, mientras decía palabras que el viento se llevaba y volviéndose a ratos hacia Carlos. Caminaba con desdén; sin lugar a dudas estaba borracha. Reía a carcajadas agitando un pañuelo de seda para llamar la atención. Había mujeres así, sobre todo alrededor de los lugares por donde frecuentaban los turistas extranjeros. Fidel había acabado con los prostíbulos, pero no con las putas que cada día eran más y más. Estas se ofrecían a ellos (los turistas) por cualquier precio, hasta por artículos de poco valor que ellos tuvieran. Con el tiempo se llegaron a conocer como las *jineteras.*

 Después de este incidente, Carlos decidió regresar a la casa. Caminó en dirección opuesta y se acercó a una de las cervecerías que solía estar abierta hasta altas horas de la noche. Como para ayudar a los cubanos a olvidarse de los problemas y cerrar los ojos a la triste realidad. Eso necesitaba Carlos. Se tomó un par de jarras, solo, al pie de una de las altas mesitas, rodeado de hombres y algunas parejas, todos alegres.

 Carlos no quería que su conciencia lo culpara de no respetar a Cristina, por eso se lo repetía una y otra vez: La quiero, la quiero, la quiero. Pero, al mismo tiempo sentía un deseo enorme por estar con Mayra. Era como un escape. Necesitaba ese escape sin romper necesariamente lo que consideraba sublime y delicado, eterno y hermoso: Cristina,... su Cristina.

 El lunes en la oficina, Carlos no pudo resistir el impulso de llamar a Mayra por teléfono. Había cosas que le venían a la mente que las usaba como una justificación de lo que claramente era una traición.

 —¿Mayra?

 —Sí… ¡Oh!, Carlos, ¿cómo estás? ¿Estás aquí ya verdad?

 —Sí, estoy abajo recogiendo la correspondencia, te veo ahora.

 —OK.

 La estuvo ayudando con algunos papeles y a la hora de comenzar su propio trabajo, Carlos la besó. Mayra no lo podía creer, pero no dijo nada, dejó llevarse por la corriente. Desde ese día se estuvieron viendo sin dejar pasar uno por los siguientes tres años.

\*

«Querido Carlos:

 Hoy murió mi abuelita. Estamos preparando el velorio y la casa está llena de parientes y amigos. Así es que ya pronto estaremos de regreso. Ella murió tranquila, sin sufrimiento. Mamá estaba con ella en ese momento. Menos mal. Te avisaré cuando llegue.

*Cristina».*

 Ahora Carlos deseaba que la ausencia de Cristina se prolongara un mes como mínimo, pero la realidad era otra y tenía que aceptarla.

 Carlos continuaba trabajando hasta tarde en la noche, y Mayra muchas veces se quedaba para ayudarlo a sacar el trabajo. Algunas noches la electricidad se iba y tenía que trabajar con lámparas de kerosén eso significaba más trabajo pues al día siguiente había que realizar la tarea de dos días. Pero Mayra tenía una habilidad extraordinaria en las operaciones matemáticas, una rapidez increíble con la calculadora y casi siempre le cuadraban los cálculos. Tenía experiencia del trabajo anterior.

 —¡Mayra, que sería de mí sin tu ayuda!

 —¡Vamos, Carlos!, no es para tanto, tratándose de ti, sabes que me siento sumamente feliz.

 Mayra terminó por cogerle la mano a Carlos al decir esto. Él puso encima la otra. En un impulso inevitable sellaron el fin de la larga jornada de esa noche con un beso.

Se fueron juntos a esperar la guagua. Al llegar a casa de Mayra estaba todo a oscuras y la tía ya estaba en su dormitorio. Ambos se miraron y sin decir una palabra Carlos entró no regresó a su casa hasta el siguiente día después del trabajo.

\*

 —Ya te dije que a veces no puedo negarme, Cristina, es algo que sencillamente… no puedo decir que no.

 —Carlos, ese trabajo nos está separando. Ya casi ni podemos hablar por teléfono, y de vernos: Ya ves, casi nunca. Yo me siento muy nerviosa y muy preocupada... ¿Y a ti, no te pasa lo mismo?

 Cristina tenía toda la razón; lo triste del caso era que ella no sabía lo que él se traía entre manos. Pero era cierto que el trabajo los estaba separando. Ya no solo no se hablaban a menudo, sino que tampoco salían como antes a pasear sanamente.

\*

 —Mayra, ¿quieres ir conmigo a la playa un rato después del trabajo? Solamente un rato, me siento tenso y necesito relajarme un poco. Mi novia hoy tiene una salida que hacer con su mama y no podría acompañarme.

 Ahora Carlos mentía también.

 —Bueno, a decir verdad, me sorprende un poco tu invitación, pero… está bien te acompañaré. Me encanta la playa en las noches.

 —Bueno, tratemos de apresurarnos en este trabajo para sacarlo lo antes posible y nos vamos.

 —Está bien, ya yo casi estoy terminando. ¿Y tú?

 —No, aún me queda eso que está ahí, y lo que estoy empezando ahora.

 —Bueno, como voy a terminar primero, te ayudaré.

 —Gracias, Mayra.

 Terminaron el trabajo temprano, como una hora antes de lo previsto. Colocaron las cosas en orden, limpiaron el escritorio y salieron como un rayo para que nadie tuviera tiempo de detenerlos.

 —¡Ay Carlos, mira como está esa parada! Yo creo que nos va a coger muy tarde.

 —No, ya la guagua debe estar al pasar porque hay muchas personas esperándola, lo que quiere decir que se ha atrasado. ¡Mira! ¿Qué te dije?, ¡ahí viene!

 —Ahora, falta que podamos cogerla.

 El ómnibus, que venía inclinado de un lado, de lo repleto que estaba, se iba deteniendo y un tumulto de personas se precipitó delante del vehículo en movimiento. Para Carlos y Mayra fue imposible siquiera acercarse a la puerta. Cuando se detuvo, la puerta no se podía abrir debido al peso de los que se recostaban a ella en el interior, y por fuera había más de diez personas tratando de entrar a la vez, impidiendo bajarse a los que iban a salir; gritaban con voz al cuello. Carlos corrió a la puerta trasera que es por donde se supone que se bajen los pasajeros, y halando a Mayra por el brazo la introdujo quedando él fuera con la puerta cerrada encima de su brazo. Nadie pudo abordarla, excepto ellos dos. La guagua echó a andar y Carlos seguía afuera con un pie en el estribo. Cuando habían recorrido unas cuantas cuadras el chofer abrió la puerta a los gritos de Mayra, y Carlos pudo entrar apretujado contra Mayra.

 Al fin, llegaron a la playa, sudados y la ropa arrugada. Al bajarse del ómnibus Mayra perdió un zapato pues se le salió del pie al salir violentamente del ómnibus que cerró la puerta sin que ella pudiera recuperarlo.

 —¡Ay Dios mío, qué es esto!

 —Ya, ¡cálmate Mayra! Parece mentiras, si esto es así todos los días.

 —Sí, cálmate... es fácil decirlo ─dijo Mayra mirando a Carlos.

 Mayra se quitó el único zapato, se lo mostró a Carlos y ambos se echaron a reír hasta más no poder. Se dirigieron a la orilla de la playa y echaron a andar los dos, descalzos. Se detuvieron al llegar a los altos pinos que bordean la zona. Carlos se introdujo entre ellos de la mano de Mayra.

 —¡Ay Carlos, espérate, acuérdate que voy descalza! Yo no sé cómo tú puedes caminar tan deprisa así, sin zapatos.

 —Es cierto, perdóname. Mira, camina por aquí que está más limpio.

 —Es que todo me molesta en los pies. ¿Qué me voy a hacer yo ahora? ¿Cómo me voy para la casa descalza?

 —Mayra a esta hora cuando tomemos la guagua nadie te va a ver. Ven acá, acércate a mí.

 Carlos comenzó a besar a Mayra sin que esta hiciera resistencia, se emocionaron tanto que se comenzaron a desvestir...el mar sonaba al romper sus olas contra la orilla de la playa, no se escuchaba otro ruido, solo... el oleaje del mar.

 La luna estaba alta y su luz pobremente brillaba sobre la playa. Caminaban ahora por la orilla mojándose los pies. Carlos no quería pensar. Hablaba y reía, sin pensar. Había hecho oídos sordos a la voz de su conciencia, a la que más tarde se tendría que enfrentar. Ahora, ahogaba los pensamientos que fluían a su mente aunque esto le causaba una tremenda decepción. Ya parecía imposible poder ganar la batalla que una vez comenzó. Vencido ahora, era conducido por el camino del deleite, la pasión y la despreocupación. Pero a su pesar no era feliz.

\*

 —Cristina, no empieces con eso otra vez, acabo de llegar y estoy cansado, no tengo deseos de salir. Mañana voy a hacer un esfuerzo para salir temprano, te lo prometo.

 —¡Ay! Carlos, necesito verte, ¡ya no puedo más! ¡Por favor!

 —Carlos colgó el auricular sin decirle ni una palabra más a Cristina. Esta se quedó con el sordomudo teléfono repitiendo: ¡Carlos! ¡Carlos!

 Cuando Mayra y Carlos llevaban algunos días de estar juntos, este le confesó a su novia su pecado a medias. Pero lo peor fue que no se casaría y, además, terminaba en ese mismo instante su relación con ella. Cristina no podía creer lo que sus oídos oían en ese momento.

 —¿Eres tú Carlos? Era lo último que hubiera imaginado. No, No, No. No, ¡Carlos! ¿Qué estás diciendo? ¡Oh no, Dios mío! ¡Carlos! ¿Qué te pasa? Dime amor mío, tu cabeza está mal, vamos a llamar al médico —decía Cristina desesperada pensando que se trataba de alguna reacción del golpe en la cabeza. Su madre que estaba en la casa vino corriendo cuando sintió a Cristina llorando. Lloró también cuando supo la desgracia.

 —Ya se le pasará *mi’ja,* ya verás que él regresa pidiéndote disculpas. Pero Cristina estaba devastada, como quien ha perdido la razón, sin color en sus mejillas, y se repetía sin cesar: «No puede ser, no puede ser».

 Carlos se había ido, la había dejado desolada como una playa sin luna en una noche de invierno. Le destrozó su corazón en mil pedazos. La dejó más que llorando, desvanecida, con la mirada fija, sin vida, y con su corazón tan débil. Carlos tuvo el valor… o la cobardía, de llegar a ese extremo, aparentemente sin sentir el dolor ajeno. Podía más el deseo y su pasión. Juntas, estas dos cosas formaron esa ecuación que fue mucho más fuerte que todo el conjunto de valores que hasta ese momento poseía él. Lo cegó, no veía más allá. Fue con aquella mujer, Mayra, con quien, por decirlo así, Carlos vivió, compartiendo su vida como de matrimonio. También fue con ella con quien tuvo apasionadas y frecuentes relaciones sexuales. Lo que no había hecho con Cristina quien solo se le entregó una vez. Ahora era una relación apasionada, fuertemente arraigada, algo de lo que nadie lo podía ya separar. Ambos se deseaban sin fronteras. Pero Carlos no sabía que comenzaría a vivir una vida sin poesía, sin romance y sin paz. Aquella sonrisa y mirada feliz, trocada en espanto de aquella Cristina que lo amaba, lo acompañaría y lo atormentaría en sus momentos de ocio, cuando los pensamientos vinieran sin poderlos impedir, cuando la escuchara en su delirio rogándole volver. Su relación con Mayra lo ayudaría temporalmente… hasta que aquella atracción bestial, alimentada por el sexo, lo cansara… lo hastiase. El tiempo diría la última palabra.

 Mayra y Carlos parecían insaciables. Se citaban en las noches solo a calmar su pasión en una casa donde la dueña cobraba por ofrecer una habitación, pues Carlos vivía con sus padres y Mayra con su tía.

 Alrededor de dos meses más tarde, una noche, Carlos se sintió profundamente deprimido. Mayra le pidió caminar por uno de los parques de la ciudad para conversar, tratando de animarlo un poco. Ella sentía un poco de culpa por aquel estado que comenzó a presentarse en el comportamiento de él. Se sentaron en uno de los bancos del parque. La gente iba y venía. Pero a Carlos se le ocurrió hacer algo que lo devastó: sacar de su bolsillo su billetera donde aún conservaba una foto de Cristina.

 —¡Dios mío! ¡Qué he hecho! —exclamó y rompió a llorar a lágrima viva mientras sacaba la foto de la cartera como si haciendo eso tuviera a Cristina frente a él. Mayra se puso de pie y dio unos pasos, dejándole espacio para aquel desahogo. Las lágrimas cayeron copiosamente sobre la foto, mojándola completamente.

 —¡Qué te he hecho vida mía! ¡Por qué tengo que ser tan desgraciado! ─decía como en un susurro, mientras las lágrimas mezcladas con la espesa secreción de la nariz tocaban sus labios.

 Sacó su pañuelo, no le importaba que la gente al pasar lo viera, ni le importaba Mayra en ese momento. Esta lo miraba calladamente desde corta distancia. Sentía un poco de remordimiento, pero se acercó a él.

 —Cálmate mi amor —le decía poniéndole delicadamente la mano sobre el hombro derecho. Pero no dijo nada más. Entonces Carlos, en un arrebato de ira, rompió en muchos pedazos la foto y la arrojó allí, al suelo. El aire esparció los pedazos poco a poco. Al hacerlo, sintió que se le desgarraba el alma. Segundos más tarde, echó a andar dejando atrás a Mayra consternada. Se detuvo después de caminar un tramo y esperó por ella. Se secó las lágrimas con el húmedo pañuelo y sopló su nariz; dejó que el aire batiera en su cara. Entonces salieron caminando, él como quien ha perdido a un ser querido en la muerte, ella, como cómplice de un asesinato. Sin decir media palabra ninguno de los dos, caminaron de regreso a casa.

\*

 En ese mismo instante, allá en su departamento, Cristina, en silencio, dejaba que las lágrimas se deslizaran por sus pálidas mejillas, como si hubiera sido testigo de aquella escena en el parque, y hubiera estado a punto de decirle el resultado de los análisis médicos que la habían efectuado. Su mirada no tenía brillo, solamente pensaba entristecida. María estaba a su lado tratando de ayudarla a reconstruir su vida. Porque ahora tenía una razón adicional para vivir.

 Las relaciones de Carlos con Mayra llegaron a ser un escándalo dentro del círculo de amigos y parientes. Cristina llegó a saberlo y también su madre.

\*

 Una noche después de la escena en el parque, Carlos regresó a su casa; la luz de la sala estaba encendida. Allí estaban su madre y su padre esperándolo como hacían todas las noches. Su padre fue el primero en hablar.

 —¿Dice tu madre que te peleaste con Cristina… después de tenerlo todo listo para la boda? ¡Cómo le vas a hacer eso a la pobre muchacha!

 Carlos no se había ni sentado, ahora, no pensaba hacerlo.

 —Papá, por favor, no quisiera hablar del asunto. ¿Qué voy a hacer? Ya eso no tiene solución.

 Al instante se retiró de la sala y escuchó a su padre decirle a ella, molesto: «tú siempre con tus cosas... ¡deja al muchacho tranquilo! él sabrá lo que hace».

 —¡Para ti, nunca nada tiene importancia! ─le contestó ella.

 Carlos no escuchó nada más. Pero sabía positivamente que su madre no era feliz con aquella decisión. Ella sufría. Su padre era diferente, claro, le había sido infiel a su madre por muchos años mientras convivían juntos. Carlos lo supo a través de su abuela (la madre de él quien le apañaba todo lo que hacía). Por eso a él, lo de Carlos no le hacía mucho daño.

 Nada detuvo sus relaciones con Mayra, ni su propio sufrimiento. Se veían todos los días. Una mañana se fueron a pasar tres días a una cabaña en un lugar turístico muy conocido de La Habana. Allí vivieron intensamente su «luna de miel». Tomaban fotos, reían, bailaban y comían en buenos restaurantes que para ese tiempo aún se podían visitar, aunque para hacer la reservación por teléfono tomaba varias horas comunicarse. De una manera extraña, esto ayudaba a Carlos a ocupar su mente para no pensar en el dolor de Cristina, que se estaba convirtiendo en su propio dolor. Quería borrarlo indeleblemente, pero era imposible. A ratos, como un cargo de conciencia que lo atormentaba, le venían los recuerdos. De noche tenía pesadillas, siempre Cristina aparecía en sus sueños. Una noche, cuando dormían, Carlos se tiró de la cama de un salto. Mayra tuvo que detenerlo.

 —¿Qué te pasa Carlos? —le preguntó esta, sacudiéndolo—. ¡Ah! no es nada… una pesadilla. Carlos quedó en silencio y volvió a la cama.

 No sé si decir que afortunadamente, pero en las relaciones de Carlos con Mayra sucedieron cosas que lo desconcertaron mucho. Carlos nunca había sentido celos. Como sus relaciones con la que iba a ser su esposa eran tan diferentes y, además, ella era tan buena, sana y fiel, sin darle motivos para celos, que en su compromiso con Mayra, comenzó a sentir algo que le molestaba y lo angustiaba.

 Con el tiempo, Carlos se fue del puesto de trabajo en la oficina que compartía con Mayra, el que fuera su primer trabajo de oficina, y comenzó a trabajar para otra empresa, encargado del departamento de distribución a nivel nacional. La experiencia adquirida en aquella empresa lo hacía sentirse capaz de desarrollar cualquier tipo de trabajo. Cuando pasó el período de prueba, le consiguió a Mayra una posición en otro de los departamentos. Así, volvían a estar en el trabajo otra vez. Si en algún momento por la mente de Carlos pasó la idea de olvidarse de Mayra, eso fue un pensamiento descabellado. A la que nunca más volvió a ver a fue a Cristina. Nunca más frecuentó los lugares donde podía tropezarse con ella o sus amigas. La hermana de Carlos, Aurorita, sí la veía de vez en cuando, y sin pensar en el daño que esto le producía a su hermano, le decía: «ella te está esperando, todo el mundo dice que no le interesa nadie más que tú. ¿Por qué no vuelves con ella? ¿No te importa lo que debe de estar sufriendo esa pobre muchacha?».

 Carlos fantaseaba en su interior con que el día menos pensado otro hombre aparecería en el camino de Cristina; se casaría, e historia terminada. Pero nada de esto ocurrió. Al parecer la causa de sus remordimientos, no le daría tregua. El amor de Cristina hacia él era eterno, sin reemplazo. Y lo que sí había ocurrido no lo había sospechado Carlos jamás.

\*

 Antes de Carlos conocer a Mayra, nunca se quedaba a dormir fuera de casa, pero ahora eso era una costumbre. Les había hecho creer a sus padres que tenía tanto trabajo que le hacían quedarse en la oficina hasta muy tarde trabajando y teniéndose que alojar después en los albergues de la empresa. Cualquier cosa menos decirles que vivía con Mayra sin casarse. Pero la madre no se lo creía. Para ella era claro que Carlos tenía una mujer.

 Cuando volvieron a estar juntos en la nueva compañía, Carlos y Mayra se comportaban como si fueran recién conocidos. La atracción mutua no tenía barreras, ni comparación con nada. Cada vez que tenían una oportunidad se besaban en los rincones de las oficinas, en los elevadores, y hasta hacían el amor en los almacenes. Eso no les hacía nada bien, al menos a la vista de los demás empleados… siempre estaban cayéndose del sueño en la oficina. Lo que los salvaba era que no trabajaban en el mismo departamento. Pero Mayra le decía: «¡nos van a votar a los dos!».

 Por suerte o por desgracia, Carlos no pudo continuar en la nueva empresa. Así es que tuvo que retornar a su trabajo anterior que ahora lo habían trasladado a otro sitio, en La Habana Vieja, pero a cinco minutos caminando de la empresa anterior. Ahora tendría a su alcance no solo a Mayra, sino también al mar.

 La bahía de la Habana con su hermoso Faro del Morro podía verse desde una de las ventanas de la oficina. Carlos estaba encantado especialmente por ese detalle. Su jefe, era un señor como de sesenta y cinco años, serio, responsable y agradable. Y lo más interesante…no era comunista.

 Al poco tiempo de estar instalado y de estar al corriente de todo lo relacionado con el puesto, le avisaron que comenzaría a trabajar con él una muchacha extranjera.

 Una mañana, la muchacha comenzó. Ya estaba allí cuando Carlos llegó a la oficina. Una de las dos mujeres compañeras de Carlos, se la presentaron. Se llamaba Sofía. Chica inteligente, rubia, un poquito pasada de peso; hablaba perfectamente el español y era como de unos dieciocho años de edad. Dice Carlos que estaba hecha un bombón.

 Se empezaron a tratar; ella era muy simpática y todo lo tomaba con diversión, hasta cuando cometía algunos errores en el trabajo. Así, fueron trabando una bonita amistad donde se desarrolló una confianza mutua. Carlos supo que ella no era comunista. Ella, a la vez, supo cómo pensaba Carlos; porque había quienes fingían lo que no eran haciéndose miembros del Comité de Defensa de la Revolución, CDR. (Grupo de vecinos de la misma calle cuyo trabajo consistía en estar al tanto de todo lo que ocurría o pareciera sospechoso en cada casa de ese barrio). La oficina suele ser la misma casa de la nombrada «presidenta», pues casi siempre era una mujer. En cada calle había una, destinada a la misma función. En los lugares donde predominaban las personas ignorantes, los del CDR procedían como ignorantes. Su trabajo consistía en espiar, algo perfecto para las viejas chismosas. Avisaban a la policía o al G2 acerca de cualquier supuesto contra-revolucionario.

 Corría ahora el año 1970. Carlos llevaba varios meses de relaciones con Mayra. Una noche cuando Carlos llegó a su casa, encontró a su mamá muy triste. Sus hermanas, que estaban de visita, trataban de consolarla. Allí estaba también la tía de Carlos, la hermana de su padre. Había sucedido algo desconsolador para la madre de Carlos. El hermano de este, Justo, había desaparecido hacía varios días, y esa noche supieron la causa. Se había ido del país en una balsa con unos amigos, cinco en total. Su padre no había dicho nada a nadie aunque él mismo había sido quien los había llevado al lugar desde donde se echaron a la mar. Había acordado no decir nada hasta después de dos o tres días, pensando que para esa fecha estuvieran en tierra de libertad. Esa noche era la tercera noche que Justo faltaba de la casa, pero aún nada se sabía. Carlos no estaba al tanto de estas cosas. El propio Justo le pidió al padre no decirle nada a él debido a que Carlos había comenzado a trabajar en aquella empresa dirigida por militares.

 En aquellos días ─tal y como continua hasta el día de hoy─ en Cuba, el pueblo permanecía desinformado; aislado del mundo exterior. Por eso muchos sintonizaban una emisora de radio llamada *La voz de los Estados Unidos de América*, con el fin de estar al corriente del acontecer mundial. Esto tenían que hacerlo en secreto. Si el CDR los descubría, esa familia iba a parar a Villa Marista, Seguridad del Estado. Si alguien llegaba a Estados Unidos procedente de Cuba, especialmente en una balsa o embarcación pequeña de manera ilegal, era entrevistado y radiodifundido por esa emisora. En espera de eso estaba la familia de Carlos esa noche. Pero nada supieron del muchacho.

 No todos los que se arriesgaban llegaban a su destino. Tristemente algunos terminaban sus vidas en la profundidad del mar, en el estrecho de la Florida. Ese era el temor de toda la familia.

\*

 Al día siguiente Carlos había ido a visitar a una vecina que vivía en Alta Habana. Esta señora estaba en espera de la salida del país. Para sorpresa de él, estaba de visita, desde California, el esposo de la hija. Ella había venido a ver a la madre el año anterior. Ahora, el esposo venía y traía algunas cosas, como medicinas y artículos de aseo personal que, sencillamente, no existía en Cuba. Lo sorprendente de esta señora era que ella no veía. Se había quedado ciega hacía un año debido a su enfermedad de diabetes. La señora caminaba en el apartamento con mucha destreza. Aunque vivía sola tenía la ayuda de vecinos que la querían mucho. Luego que Carlos saludó, esta le presentó al yerno quien se mostró entusiasmado de conocer a Carlos. Comenzó a hacerle preguntas acerca de la condición de Cuba y Carlos con mucho interés se las respondió. El joven era descendiente de cubanos, pero nacido en Estados Unidos. Quería ver por sí mismo la realidad de Cuba. Conociendo Carlos cómo funcionan las cosas en Cuba, le dijo que no tenía ningún inconveniente en mostrarle todo lo que él quisiera. Pero muy probablemente lo iban a vigilar como turista. El joven dijo que no le importaba. La señora, con mucha amabilidad, le brindó a Carlos una taza de café del que le había enviado la hija y comenzaron a conversar animadamente y muy sorprendido por el sabor de aquel café, de la marca Pilón, que tanto conocían los cubanos. Sabroso hasta el último buchito, como decía Celia Cruz en el anuncio.

 Carlos comenzó a hablarle de los años de 1960 en adelante para que el joven pudiera tener una idea clara de cómo todo fue yendo en decadencia desde entonces.

 La década de los sesenta en Cuba fue muy marcada —explicaba Carlos—, la escasez de alimento iba en aumento. Se estableció la libreta de «abastecimientos» ─más bien debió llamarse «de racionamiento»─ donde se estipulaba lo que cada hogar consumiría durante un mes. «¡Mira! ─dijo Carlos mostrándole la libreta de la señora que estaba encima de la mesa—, «las bodegas se quedaron vacías. Solamente tenían mercancías cuando traían algunas mercancías, viandas casi podridas, y mensualmente, cuando llegaba el arroz y otros productos. Los consumidores iban, mostraban sus libretas, y el bodeguero marcaba lo que le correspondía de lo que hubiera en ese momento. Por ejemplo, si había llegado el arroz, le daba la ración asignada de 6 libras mensuales por consumidor (3.2 onzas diarias), 1 libra de frijoles… y así sucesivamente. Las tiendas por departamento también quedaron desiertas. Así comenzó una tremenda escasez de ropa y zapatos. También en ese tiempo muchos jóvenes cubanos sufrían las consecuencias de la sangrienta *UMAP*. ¿Sabes qué fue la *UMAP*? Fueron unidades, o campos de concentración; de esto hace solo unos años».

 *Oh my God!* —exclamó el joven.

 Carlos le hizo una detallada historia de todo lo que él sabía de este asunto, pues tenía amigos que sufrieron las torturas de la *UMAP.*

 Fueron muchas más las tristes descripciones que ahora podemos añadir. Los años de la década de 1980 fueron significativos. Por primera vez en La Habana se hacía algo insólito: Una ola de hombres, mujeres y niños arriesgaban sus vidas al entrar por la fuerza a las embajadas extranjeras con el fin de conseguir la libertad que el hombre necesita y que Cuba no otorga a su pueblo. Un ejemplo de ello fue el caso de la embajada del Perú, donde se refugiaron diez mil ochocientos treinta y cuatro personas entre mujeres, hombres y niños. Muchos eran médicos, profesores, técnicos y escritores. Pero el gobierno organizó pandillas de entre el populacho para atacarlos, lanzándoles piedras de río desde afuera. Los hombres asilados allí, tuvieron que crear una barrera humana contra la pared para proteger a las mujeres y niños de las piedras.

 Hasta los médicos cubanos pasaron trabajo para conseguir lo esencial. Lavar sus ropas (uniformes), era una faena casi imposible. Las esposas de estos hacían milagros lavando con sal la sangre de las blancas batas de los cirujanos. No había jabón ni para bañarse. Y esto no ha cambiado, o ─mejor dicho─ ha cambiado… para lo peor.

 Y no se puede olvidar la masacre del Remolcador del 13 de marzo donde fueron asesinadas cuarenta y siete personas de los setenta y ocho que viajaban huyendo de Cuba. Doce eran niños. ¡Qué afortunados fueron los sobrevivientes, quienes ahora pueden testificar con la verdad! Porque no se trata de una novela, se trata de una realidad que solo puede negar quien hace oídos sordos a las realidades, o quien cierra los ojos para no ver.

 Lo más interesante es que una gran cantidad de hipócritas que sirvieron al sistema en cuerpo y alma, hoy están libremente en Miami y otras ciudades capitalistas quienes justifican sus hechos en Cuba como una excusa: «porque no había otra manera de sobrevivir». Los que fueron repudiados y atacados por las chusmas en sus propios barrios, o fueron a la cárcel, no se excusaron. Hablaron la verdad cuando hacerlo requería valentía, porque era condenado. Estos no se inscribieron a los CDR aunque esto representara una tremenda «marca» como indeseables; no les dieron el gusto a los descarados comunistas. Se negaron rotundamente a participar en sus actividades sucias e inhumanas. Sufrieron (y sufren), porque se han resistido; y con su dignidad y principios, proclaman el dolor que padece un pueblo sin libertad y sin justicia. El dolor que muchos no comprenden. Cincuenta años que han pasado. Cincuenta años... se dice fácil. Los autores y protagonistas de estos hechos quisieran arrancar las páginas de una historia que los convierte en verdugos asesinos.

El capítulo 7 es uno de los más extensos de la novela, pero, por sí solo, no tendrás el contenido de la completa obra, sino solo una pizca de un gran despliegue de verdaderos hechos que suelen generar dolor, desesperación, angustia y frustración. Extracto de un sin número de imágenes reales que solo puede sentir el testigo presencial del argumento. Todo lo expuesto es basado en la vida real.

Disfrútalo completo, no te arrepentirás.

El autor.